DOMINGO SEGUNDO DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat
19 de enero de 2014
Is 49,3-6 / 1Cor 1, 1-3 / Jn 1, 29-34

En esta semana de oraciones por la unidad de los cristianos, las lecturas de hoy nos ayudan a reencontrar las fuentes que alimentan nuestra fe y son fuente de unidad. El profeta Isaías, el apóstol Pablo y el testimonio de Juan Bautista en el evangelio de Juan nos animan a ser receptivos a los dones de Dios y a compartirlos generosamente.

El profeta Isaías -en primer lugar- nos habla de aquel Siervo que ha recibido de parte de Dios un encargo múltiple: no sólo ha recibido la misión de reunir a «Israel», sino la de ser «luz» para todos, para que la «salvación» de Dios llegue de un extremo a otro de la tierra. Nos encontramos en el corazón mismo del misterio de la libertad humana y de la voluntad salvadora de Dios.

En la segunda lectura, es el apóstol Pablo quien nos dice que ha sido «llamado» por «designio de Dios» a ser «apóstol de Cristo Jesús» y compartir con las diversas comunidades, la misma llamada, que él ha recibido. También nosotros podemos compartir la experiencia vivida por el apóstol Pablo, esta buena noticia que tiene un alcance universal: Jesucristo nos libera de los límites que nos impone la muerte y, con su resurrección, nos abre caminos de eternidad.

En el Evangelio que acabamos de escuchar, Juan Bautista, predicando a orillas del Jordá, anunciaba que «Jesús es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Hay que tener en cuenta que para la primera comunidad cristiana esta expresión «Cordero de Dios» estaba llena de resonancias bíblicas, que hacían referencia al cordero sacrificado por Pascua. Para los cristianos, es la cruz de Jesucristo que se ha convertido en el sacrificio definitivo que quita el pecado del mundo y nos ofrece una libertad largamente preparada, que es portadora de comunión, de luz y de coraje. Haciéndose hermano de todos, Jesús tomaba el pecado del mundo. Iniciaba así para nosotros un camino nuevo, ya que todo vínculo se ha roto y, siguiendo las pistas que nos da Jesús podemos ser cada vez más libres, ya que, como dice el evangelio de Juan, si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres (Jn 8, 36).

Todos estos testimonios de fe y de amor -los profetas, Juan Bautista, Jesús mismo- nos alientan a hacer camino con un corazón abierto a Dios, con una actitud de comunión con Jesucristo, y con una relación fraterna entre nosotros. También pensamos hoy en todos los cristianos con los que compartimos lo más esencial de nuestra fe y con quien deseamos seguir dialogando y trabajando por la unidad. Que esta celebración festiva nos ayude a vivir con esperanza y con alegría, a saber ayudarnos unos a otros y a dar siempre gracias a Dios por Jesucristo.